

DESCUBRIENDO EL MEDITERRÁNEO: EXPEDICIONES DE LA MARINA ESPAÑOLA EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XVIII

Luisa MARTÍN-MERÁS VERDEJO
Ex Directora Técnica del Museo Naval de Madrid
Recibido: 24/01/2021 Aceptado: 05/03/2021

Resumen

Este artículo describe las actividades de la Marina española en el Mediterráneo oriental a partir del tratado de paz firmado con Turquía en 1782, para hacerse presente en un mar hasta entonces poco transitado por escuadras españolas. A través de las navegaciones realizadas hasta 1800, examinamos las distintas vicisitudes médicas, diplomáticas y cartográficas que sufrieron los marinos españoles para reafirmar su presencia en un escenario dominado por otras potencias europeas.

Palabras clave: siglo XVIII, Mediterráneo oriental, expediciones de la Marina, relaciones internacionales, epidemias, cartografía marítima.

Abstract

This article describes the Spanish Navy activities in the Eastern Mediterranean after the signing of the Peace Treaty with Turkey in 1782, to be present

in a sea until then infrequently travelled by Spanish fleets. Throughout the navigations carried out up to 1800, we examine the various medical, diplomatic and cartographic challenges suffered by Spanish sailors to reaffirm their presence in an area dominated by other European powers.

Key words: century XVIII, eastern Mediterranean sea, Spanish Navy expeditions, international relations, epidemics, maritime cartography.

EL legado histórico de la hostilidad hispano-musulmana en el ámbito mediterráneo constituía un pesado lastre en España aún a mediados del siglo XVIII. Mientras que una mayoría de los países europeos habían firmado tratados de amistad con moros y turcos, lo que les abría las puertas a la navegación y al comercio en el Mediterráneo, España seguía en un estado permanente de guerra larvada contra el tradicional enemigo musulmán. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las cosas comenzaron a cambiar, aunque muy lentamente. Las batallas navales y las escaramuzas corsarias entre embarcaciones españolas y turcas disminuyeron hasta desaparecer en la práctica. Los intercambios comerciales entre ambos imperios, aunque asegurados por naves de terceros países, fueron adquiriendo cada vez mayor importancia. Los deseos de seguridad en la navegación mediterránea y de enlazar directamente con las escalas levantinas turcas iban ganando adeptos cada día entre los gobernantes y comerciantes de la burguesía mediterránea española. Especialmente importante fue a este respecto la apertura del Mar Negro a las distintas flotas europeas; primero a Rusia, en virtud del tratado de Ketchup-Ajardinar en 1774, y paulatinamente al resto de los países, lo que permitió el auge espectacular de las exportaciones trigueras turcas y rusas hacia los puertos de la orilla norte del Mediterráneo, sobre todo españoles. Además, en 1759 accedió al trono Carlos III, quien durante su reinado en Nápoles había firmado un tratado con la Sublime Puerta, lo que contribuyó a que se acelerasen los intentos de establecer una paz duradera. En 1767, Jorge Juan firmó el primer tratado hispanomarroquí de paz y comercio; sin embargo, la política con las tres regencias turcas del Mediterráneo continuó siendo inestable.

El fracasado intento de desembarco español en Argel en 1775 provocó la salida de la Secretaría de Estado del ministro Grimaldi, que fue sustituido por José Moñino, conde de Floridablanca. Desde 1778, este ministro puso en marcha una operación para iniciar negociaciones de paz con Turquía. Durante tres años, Juan Bouligny, enviado por España a Constantinopla, llevó a cabo una complicada negociación que condujo al establecimiento de un tratado de paz, amistad y comercio, firmado el 14 de septiembre de 1782, en las mismas condiciones que el resto de las potencias europeas, de manera que el acuerdo autorizaba la instalación de cónsules españoles, la apertura del comercio con los territorios del imperio turco y el acceso a los Santos Lugares. Y asimismo se daba autorización para que las tres regencias norteafricanas iniciaran

también negociaciones de paz. Así, sucesivamente, se fue haciendo la paz con Trípoli, Argel y Túnez.

Por el tratado de París de 1783, España recuperó Menorca, pero Gibraltar, llave del Mediterráneo, permaneció en manos de Inglaterra, que disputaba así a Francia su influencia secular en la zona. Tras la firma del tratado de paz entre España y la Sublime Puerta, después de varios siglos de constantes luchas por la supremacía en el Mediterráneo, el rey Carlos III envió como embajador real al brigadier de la Armada don Gabriel de Aristizábal, para entregar los regalos de cortesía diplomática al sultán.

Así se iniciaban una serie de viajes de carácter pacífico, diplomático y científico para hacer presente a la Marina española en el escenario del Mediterráneo oriental, monopolizado principalmente por Francia e Inglaterra. Asimismo, Floridablanca, en su informe a la Junta de Estado de 1787, indicaba la necesidad de establecer

«un turno de compañías en tiempo de paz, en que todos los oficiales, pilotos y demás se ejerciten en la navegación y maniobras (...) haciéndose cargo que si todos los empleados en el mando de los buques de mi real armada no tienen un método frecuente de ejercitarse en campañas de mar, por más estudio y disposiciones que tengan, faltarán a muchos la experiencia necesaria, sin la cual son de temer muy tristes sucesos»¹.

Para atender a la formación táctica de los oficiales, se decidió crear una escuadra del Mediterráneo que acometiese anualmente un programa de ejercicios y maniobras en alta mar. Hubo un precedente: el de la escuadra Gastón de 1774, pero la primera denominada así fue la formada en 1787 para liberar los puertos de Génova y Livorno del bloqueo inglés y hostigar a la flota inglesa en Bastia, escuadra que se puso al mando de Juan de Lángara. La de 1789 la comandaba el inspector general Félix de Tejada. La componían cuatro buques, uno de cada departamento marítimo, y se aprovechó la oportunidad para llevar a cabo comparaciones de aguante de mar, vela y batería, y continuar probando el sistema de construcción de Romero Landa. Al frente de la de 1802 estaba José Solano. El problema surgió de los recortes. Debido a la penuria del Tesoro tras la guerra de independencia de Estados Unidos y los bombardeos de Argel, se aprovechó esta fuerza para cumplir otros cometidos, entre los que estaba el transporte de diplomáticos marroquíes y turcos a distintos lugares del Levante mediterráneo. No he llegado a saber si el transporte de diplomáticos a Constantinopla era una labor que solo realizaban los navíos españoles, por la ausencia de marina de los países norteafricanos, o también lo hacían los franceses, ni qué compensaciones económicas recibía España por estos servicios. Este cometido no se oponía a la realización de ejercicios de evoluciones en los tránsitos.

(1) Floridablanca, Informe a la Junta de Estado de 1787, cláusulas CLXXXIV y CLXXXV.

Teniendo en cuenta que para los marinos españoles el Levante mediterráneo era desconocido y tenía una alta densidad de tráfico marítimo, máxima en los puntos estratégicos (los estrechos de Gibraltar, los Dardanelos y Mesina, y los canales de Otranto y Sicilia), se aprovecharon estos viajes para levantar cartas de aquellas costas, con los escasos medios técnicos con que se contaba.

Al ser un destino exótico, algunas expediciones incluyeron en los derroteros de navegación oficiales descripciones pormenorizadas de Constantinopla, obviando el nombre turco de Estambul en todas ellas. Suponemos que estas descripciones venían ordenadas por la superioridad a unos oficiales de Marina educados en los principios de la Ilustración. Así, el narrador del viaje de Aristizábal asegura: «El Comandante general y todos sus oficiales acreditaron unánimes deseos de cumplir con las ordenes del rey y de manifestar que ni el bullicio de los festejos fueron poderosos para distraer en ellos la memoria que viajaban como hombres ilustrados que pisan tierras extrañas con ánimo de volver más útiles a su patria»².

Viaje de la escuadra de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784

En 1784 fue enviada por Floridablanca una escuadra al mando del brigadier de la Armada Gabriel de Aristizábal, con el objetivo de reforzar la importancia del tratado de paz con Turquía de 1782 y de hacer entrega de los regalos que el rey de España enviaba al sultán Abdul Hamid I. La idea que les movía era, según el ministro, «abrir los mares de Levante a los españoles» y asegurar el comercio hispano en el Mediterráneo. Pero tuvo también un aprovechamiento secundario en cuanto que aquella sirvió como medio de transporte para dos tíos del emperador de Marruecos en su desplazamiento a Constantinopla, los cuales viajaban acompañados de su correspondiente séquito y bagajes, amén de transportar un caudal de 100.000 doblones de su propiedad. Asimismo, figuraba a bordo la familia del enviado extraordinario de España en la corte otomana, Juan Boulligny.

La escuadra se componía de los navíos *Triunfante*, de 80 cañones, mandado por Sebastián Ruiz de Apodaca, y *San Pascual*, de 74, por Francisco Javier Winthuysen; el bergantín *Infante*, de 18 cañones, por Juan María de Villavicencio, y la fragata *Santa Clotilde*, de 26, por Bartolomé de Ribera.

Salieron de Cartagena el 24 de abril de 1784, haciendo escala en la ciudad de Augusta, en Sicilia, de la que hacen una amplia descripción y donde reinaba una rama de los Borbones. Allí reciben la noticia de la existencia de peste en Constantinopla, problema que será recurrente en las siguientes expediciones. Comprobaron que las cartas francesas que manejaban eran erróneas, por lo que levantaron cartas de esas regiones por donde no habían navegado antes. Concretamente, en palabras del propio Aristizábal, desde «el tiempo de las

(2) MORENO, J.: *Viaje a Constantinopla en el año de 1784. Escrito de orden superior*, Imp. Real, Madrid, 1790, prólogo.

Cruzadas, pues es la última ocasión en que la guerra llevó nuestras banderas a esta parte (...) y jamás había ocurrido el ir de paz hasta ahora»³. Por este desconocimiento, cerca de la isla de Lemos encalló el *San Pascual*, y una vez puesto a flote, hubo que pasar el peligroso y desconocido canal de los Dardanelos. Pero una nueva avería del *San Pascual* obligó a la escuadra a detenerse hasta que pudo entrar el 10 de septiembre a Constantinopla. La contemplación de cuantas maravillas ofrecía la ciudad a los ojos de los expedicionarios españoles debió de generar en el ánimo de los marinos una gran fascinación. Hasta treinta días después de su llegada no fue recibida la embajada española, con el comandante al frente, por el Sultán Hamid I, tiempo que dedicaron los oficiales a explorar y conocer esta ciudad mítica. Después de cuarenta y tres días de estancia en la ciudad, salieron de Constantinopla el 24 de octubre de 1784, para recalar en Malta a fin de hacer cuarentena por la peste que asolaba la capital otomana y esperar, por orden del monarca español, la puesta a punto de dos galeras que el gobierno de Malta vendía al español para su posterior escolta hasta la Península. La escuadra fondeó finalmente el 31 de mayo de 1785 en Cartagena tras haber tardado un año en su periplo.

El brigadier presentó el diario original del viaje al rey el 7 de junio; los cuatro comandantes de la escuadra y Cayetano Valdés, probable autor del diario, fueron ascendidos de sus respectivos empleos⁴. Dicho manuscrito, actualmente en la Biblioteca del Palacio Real, se compone de dos partes: el derrotero de la navegación y las «Noticias de la capital de Turquía, acompañadas de los planos, vistas de canales fortificaciones y puntos mas agradables que se han reconocido y conducen a formar concepto, como también de algunas observaciones sobre las costumbres de los turcos, su gobierno, fuerzas terrestres y marítimas en la actualidad».

Esta segunda parte contiene multitud de noticias sobre Constantinopla, monumentos, costumbres y forma de vida de sus habitantes, en los más variados aspectos. Tales noticias son en gran medida el resultado de las observaciones personales y directas de unos oficiales interesados en captar la realidad de un país que por fuerza había de resultarles exótico y diferente. Ambas partes, junto con bastantes adiciones y comentarios, fueron publicadas en 1790⁵.

(3) GONZÁLEZ CASTRILLO, R.: «Gabriel de Aristizábal y su viaje a Constantinopla en el año 1784», *Arbor*, vol. CLXXX, núm. 711-712 (marzo-abril 2005), 707-726, p. 710.

(4) Sobre la autoría de las distintas descripciones de Constantinopla, véase MARTÍN-MERÁS, Luisa: «Descripción de Constantinopla por los oficiales de Federico Gravina», *Boletín de la Sociedad Geográfica Española*, núm. 66, 132-141.

(5) Véase n. 2. «Extracto del diario de navegación ejecutado por el Navío *San Pascual* al Puerto de Constantinopla y su regreso a Malta con breve relación de sus acaecimientos, en conserva de la escuadra mandada por el Brigadier Gabriel de Aristizabal y cartas que manifiestan la derrota que hizo la escuadra destinada a Constantinopla en el año 1784, por Francisco Javier Winthuysen», Museo Naval (MN), Ms. 341, ff. 34-43; «Oficio de Francisco Javier Winthuysen a Antonio Valdés remitiéndole la relación y planos demostrativos de cuanto ocurrió en el Navío *San Pascual* en su navegación al Puerto de Constantinopla y regreso a la Isla de Malta», MN, Ms. 863, doc. 2.

Origen de la bandera de España

El viaje de la escuadra de Aristizabal fue un éxito diplomático pero se encontró con un problema inesperado: los países ribereños del Mediterráneo oriental no reconocían la bandera que enarbolaban los barcos españoles, lo que produjo una serie de inconvenientes y confusiones al arribar a sus puertos. En el siglo XVIII, al estar varias naciones regidas por monarcas pertenecientes a la casa de Borbón, cuyo color distintivo era el blanco, las banderas de sus buques solo se diferenciaban por el escudo real, que cambiaba según el monarca reinante, lo que era motivo de frecuentes equivocaciones en la mar.

Daba la casualidad de que los Borbones reinaban en España, Francia, Nápoles, Toscana, Parma y Sicilia, y que sus barcos navegaban principalmente por el Mediterráneo. Todos usaban el color blanco, propio de la dinastía, con el escudo real respectivo. Los escudos, además, presentaban diseños muy recargados y barrocos, difícilmente identificables en la lejanía.

Este grave inconveniente lo sufrió la escuadra de Aristizabal en el puerto de Constantinopla, donde fondeaban gran cantidad de barcos. Es de destacar que el tratado de paz firmado entre España y la Sublime Puerta era tan reciente que los barcos griegos con que la escuadra se cruzó en la travesía no reconocieron la bandera, con el consecuente temor de sus tripulaciones a que su barco fuera apresado y ellos vendidos como esclavos. Lo mismo le sucedió en 1786 al comandante Felipe López de Carrizosa en Chipre, donde no conocían el pabellón español, como tampoco en Beirut o Sidón.

En 1785, el ministro de Marina, Antonio Valdés, «para evitar los inconvenientes y perjuicios que ha hecho ver la experiencia puede ocasionar la Bandera Nacional de que usa Mi Armada Naval y demás Embarcaciones Españolas, equivocándose a largas distancias ó con vientos calmosos con la de otras Naciones», propuso una nueva bandera, con los colores rojo y gualda, que fue aprobada por el rey en decreto de 28 de mayo de 1785⁶. Este decreto establecía un plazo para la adopción de la nueva bandera, diferente por mares y latitudes, que finalizaba el 1 de enero de 1787. En realidad, Carlos III no eligió una bandera, sino dos. La primera sería para los buques de la Armada, mientras que la otra debían enarbolarla los buques mercantes españoles. Se decidió, al mismo tiempo, el uso de un gallardete, basado en el diseño de la bandera de los buques de guerra, que debía usarse a tope del palo mayor.

La peste en las navegaciones

Otro inconveniente que afectó a nuestros barcos desde el primer momento fue la peste que asolaba los puertos del Levante mediterráneo en forma de

(6) Inicio del decreto sobre la bandera del rey, de 28 de mayo de 1785.

fiebres intermitentes, denominadas fiebres pútridas, fiebres de Malta, calenturas, etc., y que debía de ser la brucelosis. El problema de esta epidemia en el ámbito mediterráneo obligaba a solicitar información sobre ella en los puertos de Sicilia y Malta, antes de seguir la navegación hacia Constantinopla y otros puertos bajo soberanía turca.

El viaje de vuelta suponía invariablemente una cuarentena en la isla de Malta, gobernada por la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, de la que tomó el nombre la enfermedad, y a veces otra cuarentena en Cala Taulera, en Mahón, o en Cartagena, periodos de aislamiento que alargaban el viaje y diezaban las tripulaciones. Todos los viajes que se comentan aquí sufrieron retrasos y cuarentenas debidas a la peste que asolaba Constantinopla, empezando por el de Aristizábal en 1784 y acabando por el de Alcalá Galiano en 1803, y así lo hacen constar en sus diarios⁷.

Viaje a Constantinopla del navío *Miño* en 1786

El problema de la peste en las embarcaciones debía de ser tan acuciante que en la expedición realizada en 1786 por el navío *Miño*, mandado por Baltasar de Sesma, embarcaron tres médicos de la Marina para experimentar el método del famoso doctor Joseph Masdevall, que consistía en aplicar a los enfermos determinadas dosis de antimonio y opio⁸.

El navío *Miño*, al mando de Baltasar de Sesma, había estado en Argel después de firmarse la paz con aquella regencia. Al volver el 17 de febrero a Cartagena, la tripulación hubo de pasar una rigurosa cuarentena de veinticinco días. A continuación, el *Miño*, con la misma tripulación, recibió la orden de conducir a Constantinopla al príncipe Muley Addelmelek, yerno y sobrino del sultán de Marruecos, que iba a La Meca para recibir en la mezquita un determinado privilegio para la casa reinante en Marruecos. Transportaban también al embajador marroquí ante los turcos, El Talve Jas-Abdel Kelim Ben, con un séquito de 40 personas. Ambas personalidades venían de Túnez en la fragata *Santa Águeda*, y al llegar a Cartagena quedaron en cuarentena. El viaje está publicado por el entonces alférez de fragata José Solano Ortiz de Rocas, que participó en él⁹.

(7) La fiebre de Malta era aún una amenaza en España en los años cincuenta del siglo xx. Contra ella me advertía frecuentemente mi padre, médico en una pequeña ciudad española.

(8) *Relación de la epidemia de calenturas pútridas padecida en el navío de S.M. nombrado el Miño en su viaje a Constantinopla el año de 1786: su curación por el método del Doctor Don Joseph Masdevall : reflexiones sobre la naturaleza de aquellas enfermedades y aplicación de los mismos remedios a otras análogas muy frecuentes, con particularidad en las navegaciones. Por el licenciado D. José Sánchez, cirujano de la Real Armada. En Madrid en la Oficina de don Blas Román, 1789.*

(9) *Viaje a Constantinopla en el año de mil setecientos ochenta y seis en el que se da razón de la ciudad de Siracusa en Sicilia, sus particularidades y las de sus inmediaciones. Apéndice I de la obra de José Solano Ortiz de Rocas: Idea del Imperio otomano, parte histórica del diario de navegación que en su viaje a Constantinopla en el año de 1787 hizo el capitán*

Salieron de Cartagena el 20 de mayo con algunos tripulantes ya contagiados de calenturas pútridas, problema que se agudizó por el hacinamiento de tantas personas y animales embarcados por los marroquíes. Hicieron escala en Siracusa, para hacer la aguada y visitar la ciudad. Las visitas que hicieron los oficiales para conocer la ciudad y sus monumentos están descritas extensamente en la obra. Salieron de allí el 1 de julio, para llegar a Constantinopla el 31 de julio de 1786 y desembarcar a sus pasajeros el 2 de agosto. Fue un viaje molesto para toda la tripulación por los usos y costumbres de los 104 pasajeros marroquíes, que con la tripulación totalizaban 506 hombres durante ochenta y un días. En este viaje, el autor no se detiene en describir la ciudad donde permanecieron dieciocho días, y se limita a relatar las relaciones que mantuvieron con los diplomáticos allí destacados. Salieron de Constantinopla el 18 de agosto, y el 23 de septiembre llegaron a Mahón, donde pusieron a los enfermos en cuarentena y desinfectaron el velamen y los pertrechos. Por esta razón, y por los vientos contrarios que soplaban, hasta el 27 de noviembre no pudieron salir hacia Cádiz, adonde llegaron el 31 de diciembre. Solano Ortiz de Rozas indica que el viaje duró doce meses –solo cuatro de ellos de viaje–. Los médicos reportaron que tuvieron 192 enfermos, sin contar los que se curaron espontáneamente, a los que se administró el tratamiento prescrito por el famoso doctor Masdevall. En total murió el 1 por 100.

Viaje de la fragata *Santa María Magdalena* y el bergantín *Infante* a Constantinopla en 1787

El siguiente viaje fue realizado en 1787 por la fragata *Santa María Magdalena*, mandada por Juan María de Villavicencio, y el bergantín *Infante*, mandado por José Solano Ortiz de Rozas, ahora ya teniente de fragata. El motivo era recoger a la mujer y a ocho familiares del ministro español Juan de Bouligny para trasladarlos a España. Salieron de Cartagena el 16 de julio de 1787, y al llegar a Constantinopla se encontraron con que las autoridades habían desplazado a los barcos extranjeros al puerto de Esmirna porque se había iniciado la guerra con los rusos. Pero, como la fragata estaba contagiada de «la peste de los Dardanelos», sus tripulantes estuvieron retenidos fuera del puerto durante cinco meses sin poder bajar a tierra. Cuando salieron de allí, tuvieron que hacer tres cuarentenas en Malta. Llegaron a Alicante el 12 de

de fragata de la real Armada D. Josef Solano Ortiz de Rozas, caballero de la Orden de Santiago, siendo a la sazón teniente de la misma clase, en el que por vía de apéndice se da razón de otro viaje que executó a Constantinopla en el anterior año de 1786, y del que posteriormente hizo a Nápoles y Liorna en el de 1789. En Madrid en la Imprenta de Sancha, 1793; «Un extracto de las noticias adquiridas por D. Jose María Salazar en el año de 1785 del viaje que hizo a Constantinopla sobre el navío *Miño* al mando de D. Baltasar de Sesma», MN, Ms. 342, doc. 9; «Extracto del diario que hizo el año de 1786 sobre el navío *Miño* el piloto Juan de Navarrete en el viaje a Constantinopla», MN, Ms. 341, doc 1.

agosto de 1788, y a Cádiz, el 24 del mismo mes. Fue una navegación larga y complicada que duró en total catorce meses y estuvo desde el principio marcada por el desastre. Por este motivo, los expedicionarios recibieron una gratificación de dos pagas de salario el 2 de septiembre, en atención a los trabajos y pérdidas que les ocasionó la comisión en Constantinopla y a la rigurosa cuarentena que habían cumplido en Malta¹⁰.

Este oficial relata en el prólogo del libro mencionado, dedicado a Godoy, que estuvo cinco meses en Constantinopla y que sacó «esta sucinta relación que se reduce a exponer aquellas ideas generales que pudo tomar un militar comisionado a otro objeto»¹¹. En el título de la obra ya nos aclara el autor que su relato es la parte histórica del diario de navegación, por lo que no se incluye ninguna otra noticia del viaje. La *Idea del imperio otomano* es todo menos sucinta. Se trata más bien una detallada información geográfica e histórica de la ciudad de Constantinopla y del imperio turco que debe mucho a las informaciones históricas y geográficas del abate Arrieta, personaje que estaba en Constantinopla durante su estancia y que viajó en el *Infante* a Malta. Arrieta también informó sobre el mismo tema a los oficiales de Aristizábal y Gravina.

Viaje de la fragata *Santa Rosa* a Constantinopla en 1788

Al poco tiempo, en reciprocidad por la visita de la escuadra española de Aristizábal, se produjo el viaje del embajador turco Vasif Efendi a España, transportado a Barcelona por una fragata francesa el 25 de julio de 1787. En 1788, el capitán de navío Federico Gravina se hizo a la mar en la fragata *Santa Rosa*, con el encargo de devolver al embajador turco a Constantinopla una vez concluida su visita a nuestro país, la cual constituyó un acontecimiento para el público español.

La fragata salió el 1 de abril de Cartagena, haciendo escala en Sicilia, como era habitual, y llegando al canal de los Dardanelos el 6 de mayo. Los oficiales y el embajador entraron el 12 de mayo al puerto, donde desembarcó el embajador. Ellos permanecieron en la ciudad treinta y un días, visitándola y relacionándose con los diplomáticos europeos. La fragata se hizo a la mar el 13 de junio por temor a la peste existente en Constantinopla.

El 27 de junio fondeó en Malta, donde sus tripulantes pasaron la cuarentena a que estaban obligados todos los barcos europeos antes de entrar en sus respectivos países. Tras la recuperación de 53 enfermos, el 8 de septiembre la *Santa Rosa* se hizo a la mar. Llegó a Cádiz el 28 de septiembre sin otro contratiempo tras cuatro meses de viaje.

Federico Gravina y Nápoli, nacido en Palermo en 1756 de familia noble, ingresó en la Real Armada en 1775. De su fulgurante carrera naval solo desta-

(10) No he podido encontrar el diario de esta navegación, solamente noticias sueltas en Archivo General de Marina Álvaro de Bazán, Expediciones a Europa 128.

(11) Véase n. 9. *Idea del imperio otomano*.

camos sus destinos en el Mediterráneo. En 1783, mandando la fragata *Juno*, participó en el bombardeo de Argel formando parte de la escuadra de Antonio Barceló. En 1784 volvió a Argel, al mando de una división, con el jabeque *Catalán*. Comandante de la fragata *Santa Rosa*, formó parte de la escuadra de evoluciones de Juan de Lángara, y en ella llevó en 1788 a Constantinopla al enviado de la Puerta otomana. Continuó su exitosa carrera, y fue ascendido sucesivamente a brigadier, jefe de escuadra y teniente general. Declarada la guerra a Gran Bretaña, fue nombrado capitán general de la escuadra española que, en combinación con la francesa de Villeneuve, hizo la campaña de Martinica, Finisterre y Trafalgar, donde a bordo del *Príncipe de Asturias* recibió una herida en el codo izquierdo, de resultas de la cual falleció en Cádiz el 9 de marzo de 1806.

La *Descripción de Constantinopla escrita por los oficiales de la fragata Rosa, mandada por D. Federico Gravina, en que se restituyó el embajador turco a su país*, fue presentada al rey en noviembre de 1788¹². Se divide esta descripción en seis capítulos. El primero describe la ciudad y sus monumentos, el Serrallo o palacio del sultán y las mezquitas reales, los bazares y caravasares. El segundo trata del Serrallo, las costumbres y usos de la corte otomana, el Harén, la vida en él, la familia real (príncipe heredero y resto de príncipes y princesas), extendiéndose en la vida de las sultanas del Harén y su relación con los hijos y el sultán. El tercero se ocupa del gobierno del imperio, sus fuerzas terrestres y navales y empleos oficiales. El cuarto es una extensa explicación de la vida de Mahoma y de las costumbres religiosas y civiles de los turcos. El quinto recoge las costumbres y el carácter de los turcos y el estado de la nación, incidiendo en las casas, las comidas y las mujeres. El sexto hace un repaso de los habitantes no musulmanes de la ciudad, que se dividen en los francos, quienes, ubicados en el barrio de Pera, son todos los ciudadanos europeos en misión diplomática y no pagan impuestos al gobierno, y los llamados «rayás», que son todos los restantes y no gozan de la protección de nación europea alguna, pagan impuestos y se dedican al comercio. En esta clase están incluidos los armenios, los griegos, los judíos y las gentes procedentes de Alepo.

Como militar, se detiene en la situación militar del país y considera que «su marina mercantil es ninguna y la de guerra es poco respetable. Sus tropas de tierra pudieran ser muy buenas (...) pero al mismo tiempo ya se ha dicho cuán faltos de disciplina están sus ejércitos, cuya más numerosa parte se compone de tropas levantadas para la ocasión y que ven el fuego por primera

(12) Mientras que el viaje de Aristizábal fue publicado en 1790, la descripción de Constantinopla de Gravina ha permanecido inédita en la Biblioteca del Palacio Real hasta 2001, en que fue publicada por Ediciones Miraguano con una introducción de José M.^a Sánchez Molledo. El diario de la expedición, en «Extracto del Diario del capitán de navío D. Federico Gravina, comandante de la fragata *Santa Rosa* en su viaje a Constantinopla transportando el enviado de la Corte otomana Acmet Guasif Efendi y varias noticias observadas y adquiridas en aquella capital. 20 de octubre de 1788», MN, Ms. 2485.

vez». En otro lugar añade: «... durante los 31 días que allí hemos estado en medio de las inquietudes de una guerra que conmueve siempre más o menos a aquel pueblo fanático, no hemos sufrido el menor insulto». Alusión sutil a la guerra ruso-turca, iniciada en septiembre de ese mismo año y que duró hasta 1792, interrumpiendo los viajes españoles a esa capital.

La descripción de Constantinopla de Gravina repite los temas y muchos de los comentarios de la de Aristizábal, si bien es un relato más breve y sistematizado. Es también más neutro; parece la guía turística de unos oficiales que observan la ciudad y sus habitantes con mirada de ilustrados europeos, que era la condición de gran parte de la oficialidad de la Marina en el último tercio del siglo XVIII.

La espontaneidad y las opiniones personales sobre la ciudad y sus habitantes están reservadas al diario de navegación, que no iba a ser público ni presentado al rey. En este, al pasar el canal de los Dardanelos, los visitantes se asombran de la magnífica vista y escriben:

«... se ven a cada paso casas, lugares y arboledas, las vueltas que da el canal y el ángulo que forma en el lado izquierdo de la torre no permiten ver ninguna pequeña parte de él, así parece unida la costa de Asia a la de Europa, cuyo lado también está lleno de casa y entre ellas una y un jardín, del Gran Señor, y toda la costa llena de árboles, todo lo que unido forma un conjunto, el más hermoso que puede verse, y que no tiene igual según la mayor parte de los viajeros afirman, y así a nosotros lo pareció cuando fondeamos».

A partir de entonces van relatando las visitas diarias de una forma desenfadada y espontánea. Pasean por Pera, por Aguas Dulces, comen con los embajadores, visitan Santa Sofía y los demás monumentos, describen el baile de los derviches y detallan las personas con que se relacionan, siempre en primera persona del plural. Con estas visitas, y con las conversaciones con los diplomáticos, con otros europeos y con los intérpretes que frecuentaron y de los que recibieron datos, además de con los apuntes que les dio el abate Arrieta en Malta, se formó la relación¹³. Creemos que todas las descripciones de Constantinopla y de las ciudades sicilianas que han firmado los oficiales de Marina de aquella época están basadas en sus escritos. La fragata se hizo a la mar el 13 de junio. La peste existente en Constantinopla obligó a la expedición a hacer en Malta la cuarentena preceptiva. Tras la recuperación de 53 tripulantes, la *Santa Rosa* llegó a Cádiz el 28 de septiembre sin otro contratiempo. Gravina fue ascendido a brigadier después de su viaje.

(13) El abate Arrieta, personaje mencionado por Gravina y José Solano Ortiz de Rozas como suministrador de noticias históricas y de las costumbres de Constantinopla y Sicilia, debió de ser Agustín García Arrieta (Cuéllar, 1768-París, 1834), escritor y erudito que siguió la carrera eclesiástica. En aquellos años estaba radicado en Malta y escribió una obra, *Principios filosóficos de la literatura*, publicada en 1797, dedicada al príncipe heredero de Parma, que era su mecenas.

Viaje a Constantinopla, Chipre y costas de Siria de Felipe López de Carrizosa (1788)

En 1788, el rey de Marruecos solicitó dos bajeles para enviar una embajada al gran sultán y devolver al embajador y a un ministro turco a Constantinopla. Los dos personajes y 74 personas de su comitiva fueron recogidos en Túnez por el comandante Felipe López de Carrizosa en la fragata *Santa Cecilia*. Llegaron el 13 de febrero a Cartagena, donde se les unió el bergantín *Ardilla*, mandado por el capitán Juan Ignacio Bustillos, para salir de dicho puerto el 16 del mismo mes. Llevaban también el encargo de reconocer las costas de aquella zona, que eran desconocidas para los oficiales españoles, por lo que iban con pilotos e instrumentos náuticos¹⁴.

Llegaron el 14 de abril a Constantinopla, donde desembarcaron a los diplomáticos. El 11 de mayo, la fragata y el bergantín salieron con destino a Chipre, donde pensaban levantar cartas y obtener noticias hidrográficas sobre las costas de Siria –hoy libanesas e israelíes– antes de recoger en Damasco al príncipe Muley Addelmelek, quien volvía de su peregrinación a La Meca y había sido transportado previamente por el navío *Miño*. Llegados a Chipre, la *Santa Cecilia* y el bergantín *Ardilla* intentaron atracar en la rada de Ernica, pero «el pabellón español, desconocido en la isla de Chipre, consternó primero a sus moradores, dejáronse llevar por el recelo de algún ardid de sus enemigos. Desengañados después por la regularidad de movimientos y maniobras de los buques (...) calmaron toda inquietud»¹⁵.

Esta circunstancia provocó en ellos inseguridad y alarma, pero una vez aclarado el equívoco no tuvieron que exhibir los firmanes que les había dado Turquía, pues se restauró la confianza mutua. Salieron de la isla el 23 de mayo y llegaron el 25 a Siria, sometida al bajá turco de San Juan de Acre, donde la expedición levantó la rada de Beirut y envió al primer piloto, Miguel Cerquero, en el *Ardilla* a levantar el plano y descripción de Trípoli. También se hizo un levantamiento de la rada del puerto de Sidón, pero allí tampoco reconocieron el pabellón español y también ignoraban que se hubiera firmado la paz con España, por lo que la fragata y el bergantín decidieron levar anclas y el 7 de junio llegaron a San Juan de Acre, puerto del que levantaron otro plano y cuyos lugares circundantes procedieron a describir. También hicieron una

(14) El viaje, con el título «Resumen de otro viaje a Chipre y las costas de Siria en 1788», está recogido en el *Viage a Constantinopla en el año de 1784 por José Moreno*, ya citado. «Diario de la derrota y acaecimientos de la navegación que consecuente a Real Orden del 14 de henero de 1788 ba a executar desde la bahía de Cádiz ha Constantinopla el capitán de fragata D. Felipe de Villavicencio en la fragata de S.M *Santa Cecilia* del mando de D. Phelipe López de Carrizosa, Brigadier de Marina para conducir un embaxador y embiado de la Puerta Otomana que regresa de Tánxer y otro embaxador que S.M. marroquí embía al Gran Señor con comitiva y varios regalos; igualmente el viaxe que posteriormente se berificó en el citado buque desde el referido puerto de Constantinopla a los de la costa de Siria por otra R. Orden de S.M de 24 de febrero del mismo año, deduciéndose del contexto de este diario y las derrotas particulares que comprehende el principal obgeto de esta posterior comisión», MN, Ms. 724.

(15) *Ibíd.*, p. xvii.

carta de Jaffa, puerto del que salían las peregrinaciones a Jerusalén. Allí les llegaron noticias de que el príncipe marroquí al que debían recoger había muerto en La Meca, y luego otras avisando de que estaba vivo pero no podía volver a Marruecos hasta noviembre. Viendo los pilotos que a partir de agosto aquellos fondeaderos eran intransitables y que estaban faltos de víveres, además de las noticias de la guerra, la expedición decidió regresar a España. Llegó a Mahón el 9 de agosto, a los cuarenta y siete días de salir de Constantinopla. La tripulación tuvo que hacer en Cala Taulera una cuarentena de cincuenta días. El príncipe marroquí apareció en Alejandría y volvió a Tánger en noviembre.

Con motivo de la guerra austrorrusa contra Turquía, iniciada a finales de 1787, que terminó en 1792, los viajes españoles hacia el Levante mediterráneo se suspendieron o disminuyeron. Esta guerra se debió al intento frustrado del imperio otomano para reconquistar territorios cedidos a Rusia en el curso de la guerra anterior de 1768-1774. Se firmó la paz con Austria en el tratado de Sistova en 1791, y con Rusia en 1792, en el tratado de Jassy, donde se reconocía el control ruso sobre toda la costa septentrional del Mar Negro.

Después de la guerra se reanudaron los viajes a Constantinopla, y la fragata *Mahonesa*, el 24 de enero de 1792, mandada por José Usel y Giambarda, fue enviada allí para conducir al embajador de Argel¹⁶.

Asimismo, en 1796 Francisco Moyúa, al mando de la fragata *Soledad*, hizo un viaje a la capital otomana para transportar al embajador del bajá de Trípoli. En esta travesía, el brigadier Gabriel Císcar y Císcar, desde febrero hasta finales de abril, aprovechó la oportunidad para situar astronómicamente Cerdeña, la costa occidental de Sicilia y el castillo de Trípoli, en la costa de Berbería. Las latitudes las determinó por alturas meridianas observadas con un buen sextante, y para las longitudes hizo uso de un excelente cronómetro.

Ese mismo año, el 22 de marzo, la fragata *Perla*, mandada por Rafael Hore, regresó de Constantinopla después de pasar la cuarentena en Malta¹⁷.

Viajes diplomáticos a las monarquías borbónicas del sur de Italia

La paz de Aquisgrán de 1748, firmada en tiempos de Fernando VI, reconoció a Felipe, hijo segundo de Isabel de Farnesio, la posesión de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. A partir de entonces encontramos también Borbones en el reino de las Dos Sicilias, pues Fernando, hijo segundo de Carlos VII, heredará de su padre cuando este pase a reinar en España con el

(16) MN, Ms. 1427, doc. 37.

(17) «Entrada de la fragata *Perla*, procedente de Constantinopla, después de su cuarentena; y noticias de su comandante don Rafael Hore, sobre la Escuadra inglesa en el Mediterráneo», MN, Ms. 2364, doc. 168.

nombre de Carlos III. En Parma, otro Fernando sucederá a Felipe, y así sucesivamente hasta la Revolución francesa. Por lo tanto, estas monarquías borbónicas serán frecuentemente visitadas por flotas españolas tanto en escalas hacia Constantinopla como en visitas diplomáticas específicas, así como para transportar a altas personalidades. En las relaciones de estos viajes se incluyen a menudo la descripción de sus puertos y monumentos, las fiestas organizadas en honor de los oficiales españoles, y la relación de regalos que transportaban de sus reales parientes españoles.

Los oficiales llevaban estrictas órdenes sobre la etiqueta a observar en sus relaciones con los altos dignatarios de esas monarquías, órdenes que a veces no se cumplían, lo que obligó a las autoridades de la Marina a legislar sobre el tema. En 1800, el capitán del *Astuto* comunicaba al marques de Spínola un incidente ocurrido en la corte de Sicilia por haberse presentado algunos oficiales a besar la mano del rey con unas patillas exageradas, y las medidas que había tomado para que se cumpliera la real orden de 23 de mayo de 1797 sobre el atuendo de los oficiales¹⁸. Esta ordenanza obligaba a «tener el pelo cortado a raíz por la frente, formando lo que se llamaba cepillo, a llevar por detrás coleta más o menos larga, y usar chupa, calzón corto y espada ceñida». Que su corte de pelo no se ajustase a ella impidió a Antonio Alcalá Galiano asistir, en compañía de su padre, al besamanos de los príncipes de Nápoles en Barcelona con motivo de la boda de estos¹⁹. En estos viajes diplomáticos generalmente iba la escuadra del Mediterráneo completa, como en el viaje de 1789, el de 1796 y los cuatro que hizo la escuadra del Mediterráneo mandada por el teniente general José Solano y la de Domingo de Nava en 1802 a Nápoles con ocasión de la doble boda de los príncipes borbones.

Cuando las personalidades a quienes había que transportar no eran de primer rango, se solía enviar una fragata. Tal fue el caso del transporte a Parma, en 1796, de los condes Bertoli y de la Somaglia con sus séquitos. El mismo año, la fragata *Pomona* debe recoger en Alicante al marqués de Oira y su familia para trasladarlos a Nápoles²⁰.

Viaje a Nápoles y Livorno de la escuadra del Mediterráneo en 1789

La escuadra del Mediterráneo, mandada por Félix de Tejada y compuesta por los navíos *San Telmo*, *San Lorenzo*, *Bahama* y *San Francisco de Paula*, más las fragatas *Elena*, *Rosario*, *Perpetua*, *Guadalupe*, *Soledad* y *Carmen*, los bergantines *Cazador* y *Flecha*, y el lugre *San León*, salió de Cartagena el 28 de mayo de 1789 en una visita de cortesía a los soberanos de Nápoles, cuyo

(18) Ibídem, doc. 35.

(19) *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano publicadas por su hijo*, Imp. E. Rubiños, Madrid, 1886, cap. iv.

(20) MN, Ms. 2365, f. 50.

rey, Fernando, era hijo de Carlos III, para llegar el 7 de junio²¹. El motivo era anunciar oficialmente en los reinos italianos la proclamación de Carlos IV y entregar a Fernando IV, rey de Nápoles, los ricos cristales de La Granja que le enviaba su hermano el nuevo rey de España. Los expedicionarios desembarcaron, después de la visita de sanidad y la correspondiente cuarentena, para presentar sus respetos a los reyes. Hacen una detallada descripción de los lugares que visitan, como Pompeya y el Vesubio, y una vez terminadas todas las celebraciones regresan el 18 de julio a Mahón. En este puerto recibieron la orden de ir a Livorno con la misión de que la infanta María Luisa, hermana de Carlos IV y gran duquesa de Toscana, pudiese visitar la escuadra española. A su llegada pasaron la consiguiente cuarentena, ya que venían de Mahón y en toda la costa mediterránea española había epidemia de calenturas pútridas. El 1 de agosto bajaron a tierra, y el 11 fueron muy bien recibidos y agasajados en Florencia y Pisa. Una vez cumplida su misión diplomática y turística, salieron el 15 de agosto de 1789 hacia Cartagena.

A partir de 1789 y hasta 1802, los viajes a las monarquías borbónicas del Mediterráneo con fines diplomáticos y de transporte de pasajeros reales se incrementaron, y desde 1796 estos viajes españoles se extienden a Trieste, debido probablemente a las obligaciones bélicas que imponía el segundo tratado de San Ildefonso –alianza ofensiva-defensiva entre España y el Directorio con carácter principalmente anti británico–, firmado en 1796. Así, la escuadra del capitán de navío marqués de Spínola, compuesta por los navíos *Astuto*, *Miño* y *San José*, y las fragatas *Santa Rufina*, *Santa Rosa* y *Pilar*, viajó a Cerdeña, Sicilia y Trieste, en aquel tiempo puerto libre austriaco. Varios de sus oficiales y pilotos observaron las latitudes de ciertos puntos e hicieron algunas operaciones útiles a la hidrografía en las costas del mar Adriático²².

En 1802, la escuadra del teniente general José Solano, marqués del Socorro, compuesta por los navíos *Príncipe de Asturias*, *Bahama* y *Guerreiro*, y las fragatas *Atocha* y *Soledad*, trasladó de Nápoles a Barcelona, el 30 de septiembre de 1802, a la princesa María Antonia, prometida del príncipe de Asturias, y al príncipe Francisco, heredero del trono de las Dos Sicilias y prometido de la infanta española María Isabel, para sus respectivas bodas, que tuvieron lugar el 5 de octubre. Los príncipes de Nápoles volvieron a su país el 12 de octubre en la misma escuadra. Por su parte, la de Domingo de Nava, con los navíos *Reina Luisa* y *Argonauta*, junto a las fragatas *Casilda* y *Flora*, se desplazó a Parma para llevar a Barcelona a los reyes de Etruria a la fiesta familiar. La misma escuadra se encargó de devolverlos a su tierra.

(21) «Viaje a Nápoles y Liorna en el año de 1789, dando razón del recibimiento de la escuadra y del ceremonial observado por S.M Siciliana por este motivo», incluido en el apéndice II de *Idea del imperio otomano*.

(22) «Viaje del navío *Astuto* al mando de Pablo Estepar a Cerdeña, Sicilia y Trieste». El piloto era Juan Zamora (MN, Ms. 342, docs. 2 y 3); el piloto del *Miño* era Juan Alias.

Hemos visto que todos estos viajes combinaban las maniobras navales para la formación de los oficiales, ordenadas por Floridablanca, con el transporte de diplomáticos de las distintas monarquías árabes, lo cual probablemente sirvió de apoyo económico para mantener las escuadras en el Mediterráneo. Las visitas diplomáticas y los traslados de personalidades a los reinos italianos de los Borbones, por su fuerte relación con la monarquía española, eran también frecuentes. Para estas travesías se hizo patente la necesidad de manejar cartas fiables de unos puertos y estrechos marítimos que eran desconocidos para nuestros marinos. Ya en la primera navegación de Aristizábal se constató la falta de cartas de navegación del estrecho de Mesina, los Dardanelos y otros lugares, por lo que se hicieron prioritarios los levantamientos cartográficos, habida cuenta que las cartas francesas o inglesas de la zona, aparte de no ser aseguibles, contenían abundantes errores. Al principio, como era costumbre, se contrataron pilotos locales con experiencia en aquellos mares para dirigir la navegación por los lugares peligrosos. Pero se necesitaban pilotos y oficiales prácticos que hicieran cartas y derroteros para una navegación segura. Así, en la expedición de Aristizábal de 1784, el navío *Triunfante* embarcó al piloto Miguel Cerquero, y el *San Pascual*, a Jayme Martorell, y se hizo un gran esfuerzo por levantar cartas náuticas pese a los escasos medios técnicos de que se disponía. La expedición de Felipe López de Carrizosa, de 1788, también se aprovechó para embarcar otra vez al mismo Cerquero, a Juan Ferrer, a Miguel Comenche y a otros pilotos para los levantamientos de la orilla sur del Mediterráneo²³.

Cuando se creó la Dirección de Hidrografía, en 1797, cuyo fin era la publicación de cartas náuticas realizadas astronómicamente y con buenos aparatos de precisión, José Espinosa y Tello, primer director del organismo, informaba de que, para publicar las dos primeras cartas del Mediterráneo hasta Morea, había contado con las de la comisión de Vicente Tofiño relativas a las costas de España y sus islas en el Mediterráneo, cuyas observaciones terminaban en cabo de Creus. Desde allí hasta Sicilia fue preciso valerse de los trabajos de otros astrónomos y geógrafos extranjeros²⁴. A partir de Sicilia utilizó las observaciones astronómicas realizadas por Gabriel Císcar en su viaje a Trípoli en 1796, en el curso del cual situó en latitud y longitud varios cabos e islas de la parte meridional de Cerdeña, de la occidental de Sicilia y del castillo de Trípoli, en la costa de Berbería. También se sirvió de las observaciones en Trieste y

(23) Las cartas manuscritas de estas expediciones de encuentran en el Museo Naval, carpetas 107, 108 y 109.

(24) *Memorias sobre las observaciones astronómicas, hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo, las cuales han servido de fundamento para la formación de las cartas de marear publicadas por la Dirección de Trabajos Hidrográficos de Madrid: ordenadas por Don José Espinosa y Tello, jefe de escuadra de la Real Armada, y primer director de dicho establecimiento. Tomo I de Orden Superior. Madrid en la Imprenta Real año de 1809, memoria primera*, pp. 64-74.

el Adriático de los oficiales de la escuadra de Spínola en 1796, que ya hemos mencionado²⁵.

Para poder publicar la carta tercera del Mediterráneo oriental, José de Espinosa y Tello solicitó a las autoridades de la Marina que se aprovechara la visita que iba a hacer la escuadra a Nápoles en 1802, con el fin de devolver a los príncipes de aquel reino, para que Dionisio Alcalá Galiano levantara los puntos que faltaban para completar la parte oriental del Mediterráneo, lo que le fue concedido²⁶. Así pues, Dionisio Alcalá Galiano, que mandaba el navío *Bahama*, al llegar a Nápoles transbordó a la fragata *Soleidad*, más apropiada para esos trabajos. En esta expedición recorrió y situó con exactitud los puntos principales de la costa e islas desde el golfo de Modona, en las costas de Morea: el estrecho de los Dardanelos y las costas de Constantinopla, Esmirna, Candía, Rodas, Chipre, Alejandría, la parte de Siria y África hasta el cabo Bon, y las islas de la Galita. Llevaba cuatro buenos relojes marinos para medir la longitud, y algunos sextantes con aparato de horizonte artificial para la latitud. Le acompañaba el capitán de fragata José María de Salazar en calidad de segundo comandante de la comisión, quedando a elección de Galiano los demás oficiales. Salió el 30 de octubre de Nápoles y, a pesar de las alarmantes noticias de la guerra contra Inglaterra en el Mediterráneo y de los inconvenientes por la peste, que le impidieron atracar en Constantinopla, concluyó su misión, volviendo el 2 de octubre de 1803 a Cartagena, después de hacer la cuarentena preceptiva en Mahón²⁷.

En esta comisión levantó la tercera carta del Mediterráneo, que completaba toda la navegación de este mar, y trazó las particulares del archipiélago de Grecia, el mar de Mármara y el canal del Mar Negro, además de un derrotero sobre el Mediterráneo.

(25) N.º 1: «Carta esférica de las costas de la península de España, las de Francia e Italia hasta cabo Venere y la correspondiente de África en esta parte del Mediterráneo con las islas y escollos que comprende esta extensión de mar. Construida en la Dirección de Hidrografía 1801. Contiene una cartela sobre la situación de la isla Galita que hizo en 1802 el brigadier de Marina y comandante del navío *Bahama* Dionisio Alcalá Galiano, quien determinó también la situación de Túnez», MN, A-10045, n.º 2.

N.º 2: «Carta esférica que comprende las costas de Italia, las del mar Adriático desde el cabo Venere hasta las islas Sapiencie en la Morea, y las correspondientes a África, parte de las islas de Córcega y Cerdeña con las demás que comprende este mar. Construida en la Dirección de Hidrografía, año de 1802. Corregida en 1804 la costa de África y las islas de Sicilia, de Lípuri y Sapiencie por las observaciones practicadas en dichos lugares por D. Dionisio Galiano, brigadier de la Real Armada. Contiene una advertencia sobre las latitudes y longitudes marcadas por una señal y que corresponden a las observaciones realizadas por el capitán de navío Gabriel de Císcar en 1795», MN, 10045, n.º 4.

(26) «Miguel Comenche a Juan Ferrer, advirtiéndole que las cartas levantadas en la expedición a Constantinopla y Siria en 1788 no son fiables ni están posicionadas astronómicamente. 1802», MN, Ms. 344, doc. 11.

(27) «Principio de la historia del viaje a Constantinopla por Dionisio Alcalá Galiano en la fragata *Soledad*. 1802», MN, Ms. 345, doc. 2; «Noticias hidrográficas del Mediterráneo», MN, Ms. 113 y 114; «Derrota de Constantinopla a Cádiz», MN, Ms. 340, docs. 6 y 12.

Dionisio Alcalá Galiano (Cabra, 1860-Trafalgar, 1805) fue uno de los mejores científicos astrónomos de la Marina de su época, además de un héroe de la batalla de Trafalgar. Sus importantes trabajos astronómicos y cartográficos se citan a continuación. En 1783 asistió al «curso de estudios mayores y sublimes» en el Observatorio de la Marina. Desde 1784 hasta 1788, a las órdenes de Vicente Tofiño, trabajó en el levantamiento de las costas de España, tarea en la que se destacó por sus mediciones astronómicas, materia a la que contribuirá posteriormente con estudios para su perfeccionamiento. En 1785 participó en la expedición para el reconocimiento cartográfico del estrecho de Magallanes, al mando de Antonio de Córdoba.

Entre 1789 y 1792 formó parte de la expedición Malaspina, embarcado en la corbeta *Descubierta* y encargado de las tareas astronómicas y de medición geodésica. En 1792, Alcalá Galiano y Cayetano Valdés, al mando de las goletas *Sutil* y *Mexicana* respectivamente, se encargaron del reconocimiento del estrecho de Juan de Fuca, en la isla de Vancouver.

En agosto de 1796, después de entregar el diario de esta última expedición al virrey de México, regresó al departamento de Cádiz a fin de restablecer su salud, aprovechando la circunstancia para dar a la imprenta sus obras sobre cálculos astronómicos²⁸. En noviembre de 1798, una escuadra mandada por Alcalá Galiano consiguió salir de la bahía de Cádiz rumbo a América, burlando el bloqueo de la escuadra inglesa, para traer los caudales que estaban detenidos en Veracruz y La Habana. Una vez firmada la paz de Amiens, el 27 de marzo de 1802, Galiano pudo regresar a Cádiz. En abril de 1802 se dispone que la escuadra de Domingo de Nava, compuesta por los navíos *Príncipe de Asturias*, *Reina Luisa* y *Bahama*, mandado este último por Dionisio Alcalá Galiano, se dirija a Túnez y Argel, donde fondeó para «arreglar ciertas desavenencias existentes con el gobierno de España»²⁹. Alcalá Galiano aprovechó la ocasión para, a bordo de la fragata *Sabina*, realizar levantamientos con el fin de rectificar las dos primeras cartas del Mediterráneo que habían sido publicadas por la Dirección de Hidrografía, corrigiendo la posición de la isla Galita, erróneamente situada entre Argel y Túnez, a poca distancia de la costa.

A su regreso a Cádiz, pasó a Madrid para ocuparse de la publicación de las cartas pero, tras un enfrentamiento con Godoy, se reintegró a la capital depar-

(28) ALCALÁ GALIANO, D.: *Memoria sobre el cálculo de la latitud del lugar por dos alturas del Sol*, Viuda de Ibarra, Madrid, MDCCXCV [1795], 1796; *Memoria sobre las observaciones de latitud y longitud en el mar*, m.e., m.l., 1796; *Método de determinar la latitud de un lugar por medio de la estrella polar observada en los crepúsculos y Método para corregir la distancia de la Luna al Sol o a una estrella por medio de las alturas aparentes de ambos astros, y su distancia aparente*, Almanaque Náutico y Estado General de Marina, Imprenta Real, Madrid, 1796; *Explicación de varios métodos gráficos para corregir las distancias lunares con la aproximación necesaria para determinar las longitudes en el mar, y para resolver otros problemas de astronomía náutica*, m.e., m.l., 1803; *Sobre el cálculo trigonométrico de la altura de las montañas por Don Dionisio Alcalá Galiano*, memoria II, apéndice II p. 183.

(29) SAMPEDRO SÁNCHEZ, C.: «Dionisio Alcalá-Galiano y Pinedo, un oficial científico al servicio de la Armada (1760-1805)», *Revista de Historia Moderna*, núm. 32, Alicante, 2014, p. 118.

tamental el 3 de enero de 1804, por una real orden del príncipe de la Paz al almirante Grandallana, para continuar allí el arreglo de las cartas para su publicación en la Dirección de Hidrografía³⁰. Todas estas labores científicas fueron interrumpidas por su incorporación a la escuadra conjunta francoespañola para tomar parte en el combate de Trafalgar, donde a bordo del *Bahama* encontró la muerte el 14 de octubre de 1805.

El reinicio de las hostilidades con Inglaterra después de la paz de Amiens, la batalla de Trafalgar y los siguientes acontecimientos políticos en España y Europa impidieron continuar con las evoluciones de la escuadra y los viajes diplomáticos, que no se recuperarían hasta después de la guerra de la Independencia. Sin embargo, a pesar de los muchos inconvenientes, tanto bélicos como sanitarios, que afrontaron estos oficiales durante la etapa que hemos estudiado aquí, «logrose empero el fin más principal que fue el de coadyuvar a la instrucción del cuerpo de Marina y dejar el pabellón y nombre español bien quisto en aquellas regiones»³¹.

(30) N.º 3: «Carta esférica de la parte interior del Mediterráneo y del archipiélago de Grecia con los golfos y canales hasta Constantinopla y mar Negro. Construida por el brigadier de Marina D. Dionisio Alcalá Galiano, comisionado al efecto con la fragata *Soledad* y publicada de orden superior por la Madrid año de 1806», MN, A-10045, n.º 5.

«Carta esférica del Paso de los Dardanelos del Mar de Mármara y del Canal que conduce al Mar Negro, y la Carta Hidrográfica del Archipiélago de Grecia. Construida por el brigadier de Marina D. Dionisio Alcalá Galiano, comisionado al efecto con la fragata *Soledad* y publicada de orden superior por la DH. Madrid año de 1806. Inserta plano de la ciudad de Constantinopla y canal del Mar Negro o Bósforo de Tracia», MN, A-10045, n.º 7.

«Carta particular del archipiélago de Grecia para facilitar su navegación desde los canales de Cerido, Candia y Rodas hasta la isla de Ipsera. Construida por el brigadier de Marina D. Dionisio Alcalá Galiano, comisionado al efecto con la fragata *Soledad* y publicada de orden superior por la Dirección de Hidrografía. Madrid año de 1806», MN, A-10045, n.º 6.

«Carta esférica del Mar Negro para cuya formación se ha hecho uso de las cartas, noticias y observaciones astronómicas que merecen mayor crédito. Construida en la Dirección Hidrográfica. Año 1806. Inserta Plano de la confluencia y embocadura de los ríos Bog y Dnieper y plano del estrecho de Jenikala». MN, A-10045, n.º 8.

(31) Resumen de otro viaje a Chipre y las costas de Siria en 1788. Está recogido en el *Viage a Constantinopla en el año de 1784 por José Moreno*, ya citado, p. xxxiii.